



## **El Comerciante Messner**

Por Teresa Pérez Landa

Era una noche brumosa y excesivamente negra, de esas noches en las que es posible que suceda cualquier cosa. Le negrura del horizonte se había tragado ya las estrellas cuando Messner, el comerciante, llegó a la pensión.

Messner era un hombre huraño y sudoroso. Comerció casi con cualquier cosa, más de uno aseguraba que incluso había comerciado con su alma. No tenía amigos y hablaba escuetamente. El cómo podía ganar dinero comerciando, dado su carácter, siempre fue un misterio, nadie lograba explicárselo, excepto aquellos que tenían algún tipo de trato con él, y ni siquiera a estos les importaba demasiado.

Cambiaba de pensión cada tres noches, pero esta vez se le había hecho demasiado tarde, así es que se quedó en la misma pensión en la que había pasado las tres noches anteriores.

La habitación, escasa, estaba en penumbra cuando Messner entró. La vela se consumía lentamente. Hacía frío. —*Ese maldito señor Morrison ha vuelto a dejarse la ventana abierta*— se dijo Messner. Se sentó un rato a revisar las cuentas del día, pero al poco empezó a sentir la vista cansada. Se quitó las gafas y se echó en la cama. Quería dormir, aunque este era un deseo que nunca lograba ver cumplido. No era cuestión de conciencia sucia, ni de problemas. Simplemente no conciliaba el sueño desde que era un chiquillo. Una fría noche de diciembre se despertó de madrugada, había tenido una pesadilla. Desde aquella noche nunca más volvió a dormir. Gradualmente se fue acostumbrando a la falta de sueño, hasta tal punto que el cansancio dejó de ser un problema como lo sería para cualquier persona normal. Su peculiaridad, también poco a poco, fue convirtiéndolo en lo que ahora era: un animal solitario, esquivo para con la gente, desconfiado.

El reloj de la mesilla medio rota de madera indicaba que había pasado ya la media noche. La mente de Messner se quedó fija en el tic tac del reloj. El camino que pasaba frente a la pensión debía estar tranquilo, pues sólo se oía el tic, tac, tic, tac, tic, tac. Por un momento Messner se entretuvo en pensar dónde estarían todas las horas de sueño que le pertenecían y que le habían sido negadas de un modo tan misterioso como arbitrario, ¿dónde? El tic tac empezó a crearle inquietud. Era la marca del inexorable paso del tiempo. Si hay algo que no se detiene nunca es el tiempo, avanza sin pedir permiso a nadie. Se dio un par de vueltas en la cama, volvió a las cuentas, paseó por la habitación, pero el tic tac seguía ahí. El fiero león no iba a dejar de rugir porque él lo deseara, no, ni hablar, quería engullirle de la cabeza a los pies.

Messner, presa de la euforia nerviosa, dio una cómica pirueta al tropezar con las maletas. Debido al estruendo, el Sr. Morrison, dueño y encargado de la pensión, llamó desde la habitación contigua:

—Sr. Messner, ¿se encuentra bien?

—Sí, Sr. Morrison, no se moleste, sólo he tropezado.

—¿Lo despierto a alguna hora? —Messner sonrió irónicamente, dando principio a lo que fue una mueca de irritación contenida. —No señor, me despierto solo... Gracias. —Y después, de nuevo el silencio. Casi podía masticarse la soledad de la noche, de todas sus noches. A veces, sólo a veces, sentía una punzada de dolor... “Si pudiera dormir”. Ya había olvidado qué era en realidad el acto de dormir. Veía a los demás hacerlo, sí, pero había olvidado qué era perder la consciencia, soñar. Recordaba vagamente la placidez bendita de derrotar al cansancio entre las sábanas. Pero ese recuerdo no era suficiente. Había días en los que el tedio le vencía y perdía la esperanza de recuperar no ya sus horas de sueño, sino sus sueños. Odiaba verse a sí mismo tan gris, tan insulso. La vida a veces perdía atractivo. Y de nuevo la soledad, porque estaba seguro de que no habría en el planeta otro ser idéntico a él. El resto de la humanidad podía dormir. Así que hubo de acabar clasificando a los seres humanos en dos tipos: unos, los que dormían, otros, los que no podían dormir. O sea, el resto de la gente y él. La soledad le devoraba por dentro. Tic, tac, tic, tac, únicos compañeros en sus noches de insomnio.

Esto, lo que le ocurría, no era percibido por los demás. Los demás sólo veían en él al irascible, terco y huraño Messner, al escrupuloso y nervioso Messner, al comerciante que le sudaban las manos.

Enloquecido por el tic tac cogió el reloj y quiso tirarlo por la ventana, pero cuando la abrió, una bruma pastosa entró invadiendo la habitación. Messner retrocedió ante aquella visión con el reloj aún en alto. Nunca había visto una niebla como aquélla. A decir verdad, empezó a tener miedo. Por primera vez desde hacía años estaba asustado. El viento apagó la luz de la vela. Messner tiró el reloj al suelo, aunque no dejó de sonar. Cerró las ventanas de golpe y a tientas, volvió a encender la luz. Se quedó sentado y quieto, extremadamente quieto. Al poco, el reloj del salón dio las tres. Tres campanadas que aún resonaban en el aire segundos más tarde. Una nueva ráfaga de viento apagó la vela y se oyeron tres leves golpecillos en la puerta de Messner. —¿Quién es?— preguntó Messner acercando fuego a la mecha de la vela de la mesilla, que ya estaba prácticamente derretida. Por toda respuesta obtuvo un murmullo incompresible al oído humano. No parecía ser la voz del Sr. Morrison. —Está abierto— dijo, y para su sorpresa ante él apareció un bulto escurridizo. Se acercó hasta aquel bulto con la palmatoria. Era una anciana de cabellos grises, mirada extraña y dedos largos y finos. Llevaba un saco que arrastraba, parecía pesar bastante y por lo gastado, parecía tener siglos. Un mantón negro la cubría, un mantón tan negro como el manto de la noche.

—¿No me recuerda, señor Messner? —balbuceó la anciana.

—No señora, no la recuerdo.

—Yo a usted sí. Es usted el comerciante Messner, ¿me equivoco?

—¿Quién es usted?

—Una vieja amiga.

—Ya la he dicho que no la recuerdo.

—Bueno, no he venido para que me recuerde, sino a devolverle algo que tomé prestado.

—¿Quién es usted?, yo no la he prestado nada.

—Está errado, muy errado Messner.

—Venga mañana, es muy tarde. —Messner se quedó aterrorizado cuando se vio reflejado en aquellas pupilas gélidas, sin vida. —¿Cómo ha entrado?, ¿qué quiere de mí?

—Las puertas siempre están abiertas para mí. Messner, no tenga miedo, no quiero hacerle daño. —La voz del Sr. Morrison interrumpió a la anciana. — ¡Messner, no haga tanto ruido! ¡Por amor de Dios, ¿es que hoy no podré dormir?!

Messner quiso decir algo, pero la garganta se le había quedado seca. De pronto recordó la pesadilla que tuvo de niño aquella noche de diciembre: en la pesadilla veía a un hombre hablando con una anciana y luego... No, no podía ser real lo que le estaba ocurriendo.

—Si viene por lo que robé la semana pasada le juro que lo devolveré. No era mi intención mentir a aquel hombre sobre el precio, pero... ya no me quedaba ni una moneda, lo hice por necesidad.

—Su dinero no me interesa. —La anciana se sentó al borde de la cama. —Venga aquí Messner, échese en su lecho, debo contarle una historia.

—¿No puedo escuchar su historia de pie?

—No. Échese de una vez y escuche. No me interrumpa, soy vieja y me canso con facilidad. —El hombre, completamente tenso, se echó como pudo y la anciana comenzó a narrar su cuento. —Érase una vez un niño que vivía feliz. Una noche, el niño tuvo un mal sueño, una anciana le advertía sobre ciertos peligros que tendría que afrontar en su vida de adulto, pero el niño no

quiso escuchar, era demasiado rebelde. Se despertó a destiempo y a partir de aquella noche nunca más pudo volver a dormir como castigo a su rebeldía. La anciana se había llevado su sueño. Lo guardó en un viejo saco, junto con el resto de los sueños de los niños que no quieren escuchar. La anciana lo guardó durante años porque sabía que un día habría de devolverlo a su dueño. —Messner no movía un músculo, estaba paralizado. —Ese día ha llegado, señor comerciante. Sabía que hoy, a las tres en punto, tendría que devolverle su sueño, su sueño eterno.

—Pero yo... por favor, no me haga nada.

—Chsssss, no hable Messner, ya no hay nada que hacer. Ahora debe dormir. —Messner miró un instante a los ojos de la anciana y lo único que vio fue un cuerpo cadavérico. La anciana abrió el saco y una especie de nieblecilla se posó sobre la cama. —Duerma Messner, no se resista. Es hora de dormir.

Acto seguido la luz volvió a apagarse. Segundos después sólo se oía el repiquetear de las ventanas que golpeaban contra la pared y un leve tic, tac, tic, tac, tic, tac.

Dos días más tarde se celebraron los funerales de Messner, el comerciante.